

de su viaje. Solo se quedaron Kalb con el grado convenido, y Lafayette que desde luego renunció á todo sueldo, atendida su jerarquía distinguida é ilustre parentesco, segun decia la resolucion del congreso del 31 de junio.

La admision de Lafayette por los motivos indicados fué un homenaje hecho á la nobleza de la corte de Versalles y á su espíritu conocidísimo, por indicacion y recomendacion expresa de Franklin y de Deane; porque lo que esta nobleza decia pasaba por la opinion pública del país; lo que ella queria resueltamente era ley para el rey y los ministros, y el que dominaba esta nobleza era el amo del país.

Veamos ahora la impresion que produjeron los enviados americanos en esta corte francesa. Pocas semanas despues de su llegada á Paris, escribió Franklin en 12 de enero de 1777 á la señora María Hewson: «Figúrese V. á un anciano cuyas canas salen de debajo de su gorra de piel de marta, en medio de las cabezas empolvadas de Paris.» Efectivamente el efecto que causó la persona de aquel hombre y las de sus compatriotas fué inmenso, y el conde de Segur lo describió en los siguientes términos en extremo característicos: «Nada era mas chocante que el contraste que formaban el lujo de nuestra capital, la elegancia de nuestras modas, la magnificencia de Versalles, las huellas parlantes de la vanidad monárquica de Luis XIV, y de la dignidad afable pero entonada de nuestros grandes, con el traje casi rústico, el porte sencillo pero soberbio, el lenguaje franco y claro, la cabellera arreglada lisa y llanamente y sin polvo, y finalmente aquel aire antiguo que parecia haber trasladado por arte mágica en medio de nuestra civilizacion afeminada y servil del siglo XVIII la figura de un filósofo de la época de Platon ó de un republicano del tiempo de Caton y de Fabio. Este espectáculo inesperado nos extasió tanto mas, cuanto que era enteramente nuevo y se presentaba en un tiempo en que la literatura y la filosofía generalizaban entre nosotros el deseo de reformas y echaban los gérmenes de un amor vehemente á la libertad (1).»

El hombre de la naturaleza de Rousseau era una creacion de la fantasia; los héroes de Plutarco eran recuerdos de épocas remotas; pero Franklin, el cuáquero sencillo, era una realidad palpable. Este inventor del pararrayo, que de aprendiz de cajista se habia hecho por sus propios esfuerzos una de las primeras notabilidades de su pueblo, parecia efectivamente el mensajero de un mundo nuevo y de un tiempo mejor en medio de la Francia enferma de refinamiento. Su casa y la de sus compatriotas Sila Deane y Arturo Lee, con los cuales los ministros trataban solo ocultamente, estaban frecuentadas, segun refiere Segur, por las personas mas distinguidas de la capital y de la corte; por los filósofos, las eminencias científicas y la flor de los literatos. «Estos últimos, cuenta el mismo autor, atribuyeron á sus propios escritos y á su influencia los progresos y victorias de las ideas liberales al otro lado del Atlántico y su deseo secreto era ser tambien algun dia los legisladores de Europa como sus discípulos lo habian sido de América.»

Lafayette dijo en sus cartas que habia descubierto en América la tierra de promision, que hasta entonces habia entrevisto tan solo en sus ensueños, tierra donde todo era benevolencia, bondad, amor á la patria y á la libertad, y donde todos los ciudadanos eran hermanos. Desde que conoció la América con todo su entusiasmo por la libertad, igualdad y fraternidad, le pareció la joven Francia como una nacion de niños que jugaban con palabras vacías, si no se resolvian á practicar sus opiniones. En efecto, el entusiasmo

(1) *Mémoires ou souvenirs et anecdotes par M. le comte de Ségur.* Paris, 1824.

libertador que se apoderó de la nobleza cortesana de Versalles era confuso, si bien noble y generoso; era verdaderamente francés en la mejor acepcion de la palabra, y por esto tuvo aquel poder moral que arrolló al fin todas las consideraciones políticas.

El motivo principal que tuvo el gobierno francés para no ir mas allá de un auxilio secreto á favor de los americanos, habia sido el estado angustioso de la hacienda; pero este obstáculo desapareció con la entrada en el ministerio de hacienda, en junio de 1777, del célebre banquero Necker que declaró desde luego que se creia capaz de aprontar los medios para una guerra de dos años, sin imponer ninguna contribucion nueva; y como por entonces á fin del mismo año llegó la noticia de una gran victoria de los americanos, que en 16 de octubre de aquel año habian obligado al general Bourgoyne á entregarse con toda su division, se hizo tan irresistible en Francia la corriente que empujaba á la guerra, que lord Stormont renunció á toda esperanza de detenerla, y mucho menos de vencerla. El conde de Segur se expresa sobre el estado de la opinion de entonces en sus Memorias y recuerdos en los términos siguientes: «En la corte como en la ciudad, en los círculos de los grandes como en la clase media, en el seno mismo de esta vasta monarquía, de este santuario venerando de privilegios de la nobleza, de la magistratura y del clero, y á pesar de los hábitos seculares de obediencia y de sumision á un poder absoluto, la causa de los americanos rebeldes cautivó la atencion y la simpatía de todo el mundo. La opinion pública excitó por todos los lados al gobierno del rey á declararse por la libertad republicana de América, y pareció acusarlo de cobarde y de lento.» Bajo esta presion general hizo declarar el rey Luis á los diputados americanos por conducto del secretario de Estado Gerard, que estaba dispuesto á reconocer la independencia de los Estados Unidos y á celebrar con ellos un convenio en el cual no exigiria mas que la promesa y obligacion de no volver á admitir la supremacia de Inglaterra. Así quedó pactado en 6 de febrero de 1778. En el mismo dia firmó Gerard con Franklin, Sila Deane y Arturo Lee dos convenios: el primero era de amistad y de comercio y constaba de 31 artículos, y el segundo era de alianza eventual ofensiva y defensiva para el caso de que la Gran Bretaña, agraviada de la buena inteligencia y union entre la Francia y los Estados Unidos, faltara á la paz con la primera con hostilidades abiertas ó con impedimentos ilegales que creara al comercio y á la navegacion francesa. Este segundo convenio constaba de 13 artículos de los cuales el segundo declaraba que su objeto era «sostener la libertad, soberanía é independencia completa é ilimitada de los Estados Unidos política y mercantilmente.» El artículo octavo decia: «Ninguna de las dos partes contratantes hará paz ni armisticio con Inglaterra sin el asentimiento de la otra parte; y ambas se obligan mutuamente á no deponer las armas hasta quedar asegurada la independencia de los Estados Unidos ya formalmente, ya tácitamente, pero por un convenio ó convenios que terminen la guerra.» Este artículo era decisivo para la Francia, cuyo gobierno tenia los temores mas singulares acerca de una súbita reconciliacion de los americanos con la Inglaterra y de sus consecuencias. En el artículo noveno se prometieron ambas partes no exigirse ninguna clase de indemnizacion, cualquiera que fuese el resultado de la guerra. Este fué el artículo mas esencial para los americanos, porque les prometia que el auxilio francés, tan importante para ellos, no les impondria ningun sacrificio. Imposible es figurarse lo que costó hacer comprender á los americanos que las grandes remesas de material de guerra que les habia enviado Beaumarchais no eran gratuitas. Les

pareció incomprensible que tan grandes servicios hubieran de pagarse, ni aun despues de haberse probado oficialmente el ministro Vergennes, y á pesar de haber reconocido el congreso esta obligacion por escrito en una carta que dirigió al fin á Beaumarchais en 15 de enero de 1779. Despues de haber solicitado este último inútilmente nueve años seguidos que se le hiciera justicia, escribió en 12 de junio de 1787 al congreso: «Un pueblo que ha llegado á ser independiente y poderoso puede decir que la gratitud es una virtud apreciable en un particular, pero está muy distante y muy por debajo de la ciencia política; sin embargo nada desliga al Estado del deber de ser justo y de pagar sus sus deudas.» Despues de muchas negociaciones se fijó en 3.600,000 libras la suma que Beaumarchais tenia derecho á reclamar de los Estados Unidos por su propia cuenta particular; mas ni por esto pudo cobrar; bajo los pretextos mas fútiles dió el gobierno americano largas á este asunto hasta que al fin se negó completamente al pago. Arruinado, errante, sin patria ni hogar, escribió Beaumarchais en 10 de abril de 1797 desde Hamburgo al congreso de los Estados Unidos estas tristes palabras: «¡Americanos! Os he servido con celo incansable, pero solo he tenido desde entonces disgustos por todo pago y muero siendo acreedor vuestro. Permitidme por lo menos que muriendo os legue mi hija para dotarla con lo que me debeis. *Date obolum Belisario.*» El congreso ni siquiera envió una limosna á Beaumarchais, que murió en 1799 sin haber recibido un céntimo, y solo 36 años despues, en 1835, ofreció el congreso americano á los herederos de la victima, á fuerza de incansantes y no interrumpidas reclamaciones y de miserables subterfugios de aquel gobierno, la suma de 800,000 francos que los herederos aceptaron, porque de otro modo no habrian cobrado nada.

La alianza francesa fué nada menos que la salvacion de los rebeldes americanos, que la recibieron en el momento critico en que á pesar de su victoria de Saratoga, parecia la situacion general del todo desesperada hasta al mismo Washington, y como veremos luego era efectivamente así. Los recursos propios estaban agotados y sin un auxilio de fuera todo estaba perdido. Con la alianza francesa realizóse una transformacion completa y extraordinaria que se hizo sentir desde luego en Inglaterra, manifestándose en un cambio de opiniones en el parlamento. Todavía continuaban secretos los convenios firmados el dia 6 de febrero, y en Londres no se tenian mas que indicios de su contenido y de haberse firmado, cuando el ministro lord North se apresuró á presentar al parlamento en 17 de febrero un plan de reconciliacion; aboliendo el impuesto sobre el té, renunciando solemnemente al derecho de imponer contribuciones á las colonias americanas y finalmente nombrando delegados para negociar la paz con los rebeldes y con plenos poderes para concederles todas sus pretensiones menos la independencia. El ministro explicó y apoyó la necesidad de estas medidas en un discurso de dos horas, el cual impresionó tan vivamente á los oyentes, que Burke dijo en el *Registador anual*: «La estupefaccion, la pusilanimidad y el espanto reinaron en toda la asamblea.» Como el proyecto del ministro era el mismo programa de la oposicion, no podia esta contradecirlo, y la resolucion se votó por aclamacion, pero no sirvió ya de nada, como tampoco hubiera servido si se hubiese votado antes, porque lo único que no queria conceder la Inglaterra era cabalmente el alma del asunto, á saber: la independencia.

En 13 de marzo entregó el embajador francés en Londres, marqués de Noailles, á lord Weymouth, secretario de Estado, una nota en la cual el gobierno francés notificaba al inglés

la celebracion del tratado de amistad y de comercio entre la Francia y los Estados Unidos con el reconocimiento de la independencia de estos. Decíase en esta nota que desde 4 de julio de 1776 la independencia norte-americana era ya un hecho positivo y público; y añadia Noailles que con esto su gobierno creia dar una prueba palpable de su amor sincero á la paz, y esperaba que su majestad británica corresponderia á este buen deseo, evitando muy particularmente por su parte cuanto pudiera molestar el comercio de la Francia con los Estados Unidos.

A este escarnio manifiesto contestó la Inglaterra retirando inmediatamente á su embajador Stormont. Para evitar la doble guerra que amenazaba al pueblo inglés, no quedó ya mas que un solo medio: la retirada de América de todas las fuerzas inglesas y la paz con los rebeldes sobre la base de su completa independencia.

Así lo propuso lord Richmond á la cámara alta en 7 de abril. En contra de esta proposicion pronunció Chatham un fogoso discurso, que fué el último acto político de este gran orador, cuyo programa segun sabemos era conceder á los americanos todo lo que como ingleses podian pedir al gobierno, todo menos la separacion ó sea la independencia. Ni en estos instantes supremos comprendió Chatham que su programa era irrealizable; é impedido por la gota y el peso de los años reunió sus últimas fuerzas para hacer oír en la cámara alta su voz de patriota consecuente é inflexible. Apoyado ó mas bien llevado entre su hijo Guillermo Pitt y lord Mahon, entró penosamente en la asamblea en medio del silencio profundo y respetuoso de todos. Tomó la palabra, con una voz que casi le faltaba á cada paso, y dijo: «Señores, me alegro de que la tumba no se haya cerrado aun sobre mis despojos mortales, y tenga vida todavía para levantar mi voz contra la mutilacion de esta antigua y augusta monarquía. Caduco é impedido, me encuentro incapacitado de servir á mi país en esta situacion peligrosa; pero mientras me queden inteligencia y memoria, no consentiré jamás que el vástago regio de la casa de Brunswick, que los descendientes de la princesa Sofía sean despojados de su hermosa herencia. ¿Qué hombre será bastante atrevido para dar semejante consejo? S. M. ha tomado el cetro de un imperio tan grande como inmaculada ha sido hasta ahora su fama. ¿Mancharemos nosotros el escudo purísimo de esta nacion con el abandono vergonzoso de sus derechos y de sus mas hermosas posesiones? ¿Postraráse ahora ante la casa de Borbon este vasto reino que ha resistido y vencido las invasiones de rapiña de los daneses, de los escoceses y de la conquista normanda, que ha hecho frente á la invasion amenazadora de la gran armada española? ¿Verdaderamente, señores, esta nacion no es ya lo que fué! Un pueblo que durante 15 años ha sido el terror del mundo, ¿ha de humillarse ahora hasta decir á su enemigo hereditario: Toma lo que tenemos, con tal que nos des la paz? Esto es imposible.»

Contestóle lord Richmond, y cuando Chatham quiso volver á tomar la palabra, le sobrevino un ataque de apoplejía. Moribundo fué llevado á su casa y el 11 de mayo espiró.

La guerra continuó cinco años mas y el final fué una paz tal como lord Richmond la habia propuesto.

### III. — MARÍA ANTONIETA. EL PROYECTO DE JOSÉ II SOBRE LA BAVIERA. FEDERICO EL GRANDE

La alianza de Francia con la América del Norte y la guerra marítima que en su consecuencia tuvo la Francia con la Inglaterra fueron para los hijos de la libertad una gran fortuna, y mayor lo fué para la Alemania, porque imposibilitó com-

pletamente que un proyecto de conquista que José II puso por obra contando con el auxilio de la Francia, originara una nueva conflagración universal por el estilo de la del año 1757. En este asunto la corte de Viena puso por primera vez seriamente á prueba la docilidad y la influencia de la reina María Antonieta. El resultado fué un solemne desengaño. Las circunstancias en que esta reina se vió envuelta personalmente en este asunto nos revelarán la singular fatalidad de su vida.

Esta fatalidad empezó para ella cuando niña de 13 años fué desposada en el año 1769 con el mayor de los nietos de Luis XV, recibiendo entonces en la persona del abate Vermond un ayo, que la trasformó en francesa antes de que la niña supiese lo que era estudiar y aprender. Cuando en 21 de abril de 1770 salió de Viena para casarse en Francia con el Delfín que á la sazón contaba solo 15 años, un año mas que ella, no sabía la joven princesa de su idioma materno, el alemán, mas que lo necesario para la vida doméstica y el trato con sus criados; y del francés tampoco sabía entonces lo bastante para escribir una carta gramaticalmente, ni para leer un libro serio. No desarrollada físicamente todavía, y sin haberse formado ni educado su inteligencia ni su carácter, salió de su patria, en la cual la habían querido transformar en extranjera, para fijarse en un país extranjero que jamás pudo reemplazar á su patria. Su destino fué un extranjerismo del alma, una falta absoluta de patria que duró toda su vida. Antes de comprender la desgracia de no tener lengua materna, porque no la había aprendido todavía medianamente, y antes de conocer lo poco que había ganado con el idioma de la corte francesa, que con gran trabajo aprendió bien ó mal, vióse radiante de dicha y de entusiasmo juvenil en medio de una sociedad llena de magnificencias y de mentido brillo. Su madre la miraba como una niña á quien era necesario recordar á cada hora y á cada minuto del día por escrito ó verbalmente las reglas de conducta, de urbanidad y de decoro, y cuya educación incompleta había de perfeccionar en Versalles por el conde de Mercy y el abate Vermond. Todo esto nos lo revela la correspondencia entre estos personajes, que es una de las mas curiosas de la historia moderna. Esta misma correspondencia demuestra la completa ineficacia de aquella enseñanza tardía (1) y á tan gran distancia, y cuán pronto aprendió la joven princesa á burlarse con la mayor amabilidad de todos sus tutores, y á conquistarse, en una corte en que la guerra de intrigas de cada uno contra todos era permanente, el puesto de niña mimada, á la cual nada sabían negar ni el rey ni el delfín; niña que no guardaba las leyes de la etiqueta, que con sus sonrisas desconcertaba á todos, y con su ceño inspiraba el temor necesario para llevar las cosas á donde quería. Apenas hacia cuatro meses que se hallaba en su nueva patria, cuando ya estaba tan enredada en las intrigas de las camarillas, que el conde de Mercy juzgó prudente hacerla amonestar personalmente por el duque de Choiseul. Recibió la joven delfina en 11 de agosto de 1770 á este personaje, que había arreglado su casamiento, y que le estaba por su madre recomendado muy especialmente. Choiseul la instruyó de cómo había de arreglarse para agradar al delfín, por cuyo medio vería postrada toda la Francia á sus pies; y tantas preguntas y observaciones le hizo la joven, que aquel veterano, curtido en intrigas cortesanas, quedó estupefacto y satisfecho de su buen acierto y dijo despues de la entrevista al conde de Mercy: «Solo desde hoy puedo decir que conozco á la se-

(1) MARÍA ANTONIETA, *Correspondance secrète entre Marie Thérèse et le comte de Mercy-Argeuteau avec les lettres de Marie-Thérèse et de Marie-Antoinette, publiées avec une introduction et des notes par Alfred d'Arnetti et M. A. Geoffroy*. Paris 1874.

ñora delfina. Fiándome de su palabra le he dicho todo lo que sé. Estoy extasiado de esta joven princesa; jamás se ha visto otra cosa semejante en personas de su edad, y si V. encuentra ocasión, le suplico le diga que estoy á sus órdenes en cuerpo y alma y que puede disponer de mí en todo y en todas partes donde guste.»

La caída de este ministro en diciembre de 1770 fué el primer desengaño que tuvo la delfina, y desde entonces tomó por regla exclusiva de conducta la advertencia que su madre la emperatriz le escribió en 6 de enero del año siguiente: «No olvides jamás que tu colocacion es obra de los Choiseul, y que les debes gratitud.» La constancia firmísima en proteger al partido de los Choiseul como sosten de la alianza con el Austria fué la única idea seria que supo comprender María Antonieta cuando todavía era delfina y niña, y la única que respetó con ignorante fe cuando fué reina y mujer. No sospechaba que en este empeño iba envuelto un germen de innumerables conflictos, de incesantes disgustos y coaliciones, y un motivo que la haría, como austriaca, blanco del odio del pueblo francés, sin granjearle por eso la gratitud de la casa de Austria. El contraste entre su ingerencia en los asuntos políticos y los sentimientos nacionales de los franceses produjo el fallo brutal que le costó la vida.

En los siete años que pasaron antes de que fuese madre, era su posición tan anormal, que la equidad obliga á ser indulgente con su vida frívola y con su afán de diversiones insustanciales, como joven alemana y vienesa, para matar el tedio de la vida de Versalles. Al conde de Mércy, cortesano y diplomático grave, parecían muy impropios de una princesa y futura reina de Francia su loca pasión por el juego, el baile y las salidas á caballo; el odio que tenía á los libros, que tampoco entendía, y á las lecciones que la hacían bostezar; la tolerancia con que dejaba correr y retozar por sus aposentos á los hijos mal criados de una camarera, y las caricias que les prodigaba como si fuesen hijos suyos. Todo esto, sin embargo, era muy natural en su posición. Luis XV no se cansaba de observar su loca alegría, y se extasiaba cuando la joven le llamaba papá con una ingenuidad inimitable siempre que trataba de vencer su resistencia y arrancarle algun gran favor.

El Delfín, carácter seco, pesado y poco hablador como era, encontraba, sin embargo, adorable á su mujer, y escuchaba con resignación los interminables sermones con que ella le reprendía sus cacerías que se prolongaban á veces varios días, y su vida hurraña y silvestre en general, á los cuales contestaba redoblando sus esfuerzos por hacerse amable. En todo esto no había nada punible en sí; pero el mal fué que en esto se concentró toda la vida de María Antonieta, que huía de las ocupaciones serias, que buscaba tan solo distracciones, recreos y pasatiempos, que rechazaba toda reflexión interior, toda meditación, todo pensamiento grave, y que despues de haber pasado cuatro años en semejante vida superficial, subió al trono de Francia sin tener la idea mas remota de los deberes y dificultades de su posición.

Desde el momento en que fué reina, fué también cabeza de un partido de la corte, que se sentía ofendido, postergado y oprimido en la persona del duque de Choiseul, y que contaba con María Antonieta para vengarse de sus adversarios y recobrar el poder. Para volver al duque al ministerio, no era bastante la influencia de la reina por mucho que se empeñara en ello, porque en este punto era inflexible su esposo, tan condescendiente en lo demás; pero si no logró restablecer á su protegido, pudo dar á sus parciales una posición importante en la corte sin que tuvieran méritos para ello.

Ya hemos visto en el caso del conde de Guines hasta

dónde podía comprometerse esta reina, favoreciendo á un individuo indigno solo porque pertenecía á la pandilla de los Choiseul, y eso que no mediaba en este asunto ningun interés austriaco, sino muy al contrario, porque el conde de Mércy, embajador de la corte de Viena, era del partido de los ministros contra aquel favorito. De ahí podrá inferirse lo que haría la reina cuando algun interés de la casa de Habsburgo coincidía con el afecto que profesaba al que había arreglado su casamiento. Dióse esta coincidencia en el año 1778, precisamente cuando María Antonieta con indecible alegría de la emperatriz María Teresa esperaba el momento de ser por primera vez madre.

En el año anterior la había visitado su hermano el emperador José en Versalles. Ya sabemos por la carta del mes de julio del año 1775 cómo había juzgado José II desde Viena la conducta insustancial y entrometida de su hermana; y vale la pena de comparar con su juicio de entonces el que le hicieron formar en esta visita sus observaciones personales. En 29 de abril de 1777 escribió á su hermano Leopoldo desde París, despues de relatarle las impresiones agradables, deslumbradoras y múltiples que había recibido en la corte y la ciudad: «La reina es una mujer hechicera, pero una cabeza vacía, que no sabe comprender todavía las ventajas de su posición y revolotea todo el día de distracción en distracción, todas muy lícitas, pero no por eso menos peligrosas que si no lo fuesen; porque no dejan tiempo para reflexionar, cosa que cabalmente le convendría muy mucho.» En otra carta fechada en 11 de mayo entra en mas pormenores sobre el gobierno, el rey y la reina de Francia, diciendo: «En Versalles reina un despotismo aristocrático.—Dentro de sus atribuciones es cada uno en esta administración señor absoluto, pero con el temor permanente, no de ser reprendido por el soberano, sino de ser destituido. La consecuencia es que nadie piensa mas que en sostenerse en su empleo, ni hace nada que no se ajuste á este pensamiento. Los que quieren proceder de otra manera, son víctimas de su error, y se les despide. El rey es señor absoluto, pero solo para pasar de una esclavitud á otra. Puede cambiar sus ministros, pero á no estar dotado de un talento extraordinario, no puede nunca dirigir los negocios por sí solo. De ahí inferirás cómo marchan aquí los asuntos públicos. Las bagatelas que se relacionan con intereses é intrigas personales son objeto de minuciosa atención y solícito cuidado, mientras los asuntos capitales que interesan al Estado quedan en el mayor abandono.—El rey está mal educado y su físico no le favorece; es honrado y tiene conocimientos; pero es débil enfrente de las personas que saben intimidarle, y se deja de conseguir guiar por ellas. No tiene afán de aprender, ni entusiasmo; vive en una apatía continua y monótona. La reina es una mujer muy linda y muy amable, pero solo piensa en sus placeres; no siente ningun afecto hácia el rey; solo quiere disfrutar las distracciones que ofrece este país; en una palabra, no cumple ni con los deberes de su sexo ni con los de reina como debiera; porque como esposa no hace caso del rey, y en lugar de emplear otros medios, le dirige á empellones como señora absoluta. No busca su sociedad y se ha trazado en este particular una regla de conducta muy peligrosa como fundada en bases falsas. No observa ninguna etiqueta como reina; sale á pié ó á caballo, sola ó con poco acompañamiento sin ningun distintivo real; se presenta demasiado libremente, lo cual sería perdonable en una mujer plebeya, pero en ella choca con su oficio de reina, lo cual puede tener con el tiempo sus consecuencias. Su virtud es inmaculada, y hasta austera, mas por índole que por reflexión, y para concluir hasta ahora todo va bien, pero María Antonieta no se crea recursos para el porvenir y esto puede

tener mal fin. Esto es lo que yo le predico, y no puedo quejarme del amor y sinceridad con que me escucha y confiesa sus defectos, pero el torbellino de distracciones en que está envuelta la impide ver y pensar otra cosa que no sea volar de placeres en placeres. Todo lo que la rodea contribuye á mantenerla en este torbellino. ¿Cómo podré yo solo hacer frente á tanto adversario? Sin embargo algo he conseguido respecto de su pasión por el juego que era abominable.»

El emperador José no había ido á Francia solamente para ver las cosas notables de la capital, ni para informarse del estado de su hermana y cuñado, sino «para ver con sus propios ojos el modo de funcionar de la máquina gubernativa; el modo de dar cuerda á aquella máquina y examinar los resortes que la movían, y lo que podía esperarse ó temerse de ella,» conforme había dicho á su madre en la carta en que la indicó su proyecto de viaje.

El príncipe de Kaunitz había escrito también una Memoria especial para este viaje haciendo ver su carácter y objeto político verdadero, bien que oculto; porque en realidad fué José II á Versalles para indagar las disposiciones del gobierno francés respecto de varios planes, entre los cuales el de la conquista de la Baviera figuraba en primer término. Por esta razón, al pasar por el territorio bávaro, habíase detenido varios días guardando el mas riguroso incógnito en la capital de Munich. A juzgar por sus quejas y críticas sobre el despotismo de los ministros franceses, la debilidad é impotencia del rey y la frivolidad de la reina, debió de disgustarle mucho la indiferencia y falta de simpatía con que fueron acogidos sus planes políticos, aunque por lo demás fué recibido con todos los honores y cariño posibles. Ni siquiera sospechó que hacia años que el gobierno de Versalles le observaba atentamente, y que juzgaba como se merecía su violenta ambición y codicia; ni tampoco que aquel Luis XVI, tan débil y apático en apariencia, había convenido con sus ministros en no dejarse sorprender, y resistir á las insinuaciones y planes que llevara cuando supieron su viaje á Versalles. Tan pronto como en abril de 1775 se tomó en la corte de Francia esta resolución firme, en 11 del mismo mes y año escribió Luis XVI á su ministro Vergennes una carta que honra mucho á su autor por el sano criterio que domina en ella. Despues de hablar de la invasión armada del Austria en el territorio de la república de Venecia, y de su rapacidad en perjuicio de la Polonia y de la Turquía, añade el rey: «Esto prueba el carácter ambicioso y brutal del emperador, observado también por el barón de Breteuil. Es preciso que haya sabido cegar completamente á su madre que no es nada amiga de todas estas extralimitaciones, segun lo ha dicho siempre desde un principio.—Nosotros ahora no tenemos que hacer otra cosa mas que estar alerta y mirar con cautela todo cuanto nos venga de Viena. Nuestro guía han de ser la rectitud y la reserva.» Vergennes contestó al día siguiente: «La casa de Austria no tiene mas que sed de conquististas, pero carece del talento necesario para realizarlas. ¡Bien haya la monarquía cuyo soberano cifra su gloria únicamente en el bienestar de los pueblos que le están confiados! Tal es el carácter de V. M.; pero yo preveo que no es el del emperador, cuyo genio inquieto y codicioso anuncia á la humanidad mucha agitación y quizás muchas desgracias (1).»

Dos años despues, exactamente día por día, escribió el ministro una advertencia en forma de exposición á su soberano con motivo de la próxima visita del emperador, en cuyo escrito enumeró é impugnó anticipada y detalladamente todo cuanto el emperador podría manifestar para reclamar á favor

(1) Véase TRATCHEVSKY: *La France et l'Allemagne sous Louis XVI*, Paris 1880. Apéndice.